

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lorca, mes. . . . 0,40 pesetas.

Fuera » 0,50 »

EL OBRERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Corredera, 54.

No se devuelven los originales.

SEMENARIO INDEPENDIENTE

ORGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

Sarcasmo criminal

Dice un periódico:

«Cada año se realizan en Mónaco de 280 á 300 suicidios.

En una memoria dirigida por el comité internacional á los gobiernos de Europa indignada, se registran en el período de 1877 á 1885, 1.820 suicidios en el reducido territorio del principado».

Sí; la culta Europa, indignada por el excesivo número de suicidios que en el principado de Mónaco, en Monte Carlo, se realizan; preocupada hondamente en asunto de tanta trascendencia, quiere poner término á la voluntaria mortandad que en aquel pequeño Estado, atemorizando á las Naciones, viene sucediéndose.

Y es muy justo; sí:

Es muy humano, querer evitar á unos cuantos centenares de neuróticos, poseídos del vértigo del azar, en brazos de la desesperación producida por la miseria en perspectiva y antes que sufrir los horrores del hambre que les amenaza, la única satisfacción que en su locura se proporcionan.

Es muy humano, y muy santo, si se quiere, pretender disminuir el número de voluntarios de la muerte, que exponen capitales con ansias de cuadruplicarlos.

Es muy humano, intentar restar prosélitos á la muerte, que juegan á una carta fortunas enteras y se desesperan y matan, porque les salta la contraria.

Es muy humano, alarmarse é indignarse, porque allá en Monte Carlo, de los suntuosos y elegantes salones de juego de su Casino, salen con pasaporte para lo ignorado, unos cuantos centenares de venales jugadores que no pueden mirar con serenidad el hambre que les espera, la miseria que les acecha, y

optan, sencillamente, entre aceptar el primero ó sufrir las segundas, por saltarse la tapa de los sesos.

Sí; es muy humana, muy justa, muy hermosa la indignación de Europa, ante espectáculo tan sangriento.

Pero hubiera sido más justo, más humano, más razonable, indignarse y evitar, como pudo y debió hacerlo el despojo criminal de que España fué víctima, allá en Filipinas y en Cuba.

Hubiera sido más humano, disminuir el número considerable de víctimas que en aquella lucha tuvo nuestra Nación, evitando fuesen sacrificados inútilmente doscientos mil españoles.

Hubiera sido más humano, restar audacias á los Estados Unidos, que amparados en las mal llamadas leyes internacionales, consumaron el acto de su vandálica rapiña.

Hubiera sido más humano, intentar, con seguridades de éxito, salvar de la catástrofe y de la muerte, mejor dicho, dejar ir al suicidio, á unos cuantos centenares de honrados marineros, que perecieron con los barcos que les sirvieron de albergue, víctimas de las bombas explosivas de las escuadras yanquis.

Hubiera sido más humano, no permitir la consumación de nuestro despojo, ni la colocación del Inri, perpetrada en las celebradas conferencias, en que se confeccionó el tratado de París.

Sería más humano, indignarse, ante la guerra inicua y á todas luces injusta que sostiene Inglaterra con Transvaal, en la que el pueblo boer, dentro de su inferioridad numérica, está dando á España y al mundo todo, una hermosa y epopéyica lección de hidalguía y bravura.

Sería más humano, disminuir

la ambición desmesurada de los causantes de esa homérica lucha, que acabará por destruir, pues vencerla no lo conseguirá nunca, una raza de honrados obreros que no se pueden conformar, ni han de consentirlo, con ser despojados de lo que es suyo, de lo que la madre Naturaleza, pródiga les concediera.

Sería más humano, evitar los innumerables millones de víctimas, que en Turquía y en Armenia están ocasionando las matanzas de cristianos, por fanáticas turbas poseídas del genio del exterminio.

Sería mucho más justo, mucho más razonables, mucho más humano, ir todas las Naciones y todos los pueblos, en brazos de la más hermosa de las fraternidades, al desarme universal, y deponer para siempre ansias de conquistas, ambiciones de poderío, dando alientos inauditos á las artes y las industrias, á los oficios y la agricultura, únicos medios de prosperidad y florecimiento, de grandeza y poderío.

Pero lamentarse indignarse porque unos cuantos centenares de neuróticos, poseídos del vértigo del azar, en brazos de la desesperación, atenten á sus vidas; intentar evitar las deserciones que esos viciosos hacen de las filas de los vivos; pretender disminuir el número de suicidas, víctimas propiciatorias de la Parca, querer restar esas cifras, cuando chorrean sangre aún, nuestros desastres antillanos, nuestro Calvario parisivo; la guerra sudafricana y la injusticia chamberlainesca; los barcos hundidos en las bahías de Cavite y Santiago de Cuba y las matanzas de seres humanos en Armenia y en Turquía, las ambiciones inglesas y la paciencia y el heroísmo boer, eso, dígalos el que lo diga, á juicio de todo espíritu recto y corazón sano, no es una indignación

justa que honra al que la siente, es un sarcasmo criminal que subleva y enloquece á toda conciencia honrada.

BELLEZAS DE LA CIENCIA

LEIDO

la noche del 7 de Diciembre en el Centro Obrero de Lorca

Compañeros:

No tenía el propósito de tomar parte alguna en las veladas que con tan buen acierto como plausibles deseos ha organizado la comisión intelectual de este Centro, por ser, en primer término, refractario á todo lo que sea exhibición, y en segundo, por tener que dedicar mi inteligencia á otras labores, obligatorias unas, impuestas voluntariamente las otras. Así es, que el sábado último asistí á la primera de dichas veladas, atendiendo la galante invitación que dirigió el Sr. Presidente de esta Sociedad como director de un periódico local, pero no por otro concepto, pues ni siquiera tenía el honor de contarme entre el número de socios de este Centro.

Y ¿por qué no he de ser sincero? Yo vine aquí la noche del sábado último cumpliendo la obligación, el deber que tiene el periodista de asistir á todos los actos que puedan interesar á la opinión, para dar de ellos cuenta á sus lectores; pero, por otra parte, inspirándome escasísimo interés y curiosidad los discursos que me disponía á oír, por estar acostumbrado en estos tiempos de frío positivismo á ver en todos los actos que se relacionan, no ya con la masa popular en general, sino con cualquiera de las agrupaciones en que la humanidad se halla dividida, el resultado inevitable de la sangrienta lucha que se libra en nuestros días entre el egoísmo personal de unos y el anhelo de redención de otros.

Y estas dudas, este temor se acrecentaban al recordar que es esta una sociedad democrata, que esto es una agrupación de obreros que se unen y asocian para dar fe de su existencia, para exigir que se respeten sus derechos, para demostrar á esa imbécil parte de la sociedad que mira con desdén y desvío las callosidades que deforman la mano del obrero y la blusa que cubre su vigoroso cuerpo, que el obrero español, no solo no está muerto, sino que está firmemente resuelto á afirmar su derecho á la vida; que tiene fuerza, energía propia; que constituye una colectividad poderosa; que